

Título: “En busca del lugar perdido”

Autora: Prof. Silvia Lorenzo

Eje: Políticas de Formación docente

Tipo de trabajo: ponencia

Palabras claves: formación docente – profesorados - formación posterior – falta de docentes- mejorar cualitativa y cuantitativamente

Resumen

Creo que no resulta exagerado afirmar que, en buena medida, el progreso de una nación depende de la formación de sus docentes. Esto es, de quienes a su vez tendrán la tarea de formar a **todos** los ciudadanos. Si partimos de esta idea, resulta ineludible ocuparse del tema de manera ininterrumpida, ya que sobradas son las experiencias de esfuerzos aislados que se diluyen sin llegar a producir el impacto esperado en ninguno de los niveles de nuestro sistema educativo.

Ahora bien, habitualmente distinguimos “formación inicial” de “capacitación en servicio”. Claro, la formación inicial no se puede eludir, ya que, sin ella, no se llegaría a obtener el título de Profesor que es *necesario* para desempeñarse en la tarea de enseñar. Nótese que hemos dicho *necesario y no imprescindible*. Esto se debe a que, muchas veces, nos encontramos en las aulas con personas que sin haber obtenido el título correspondiente cubren el cargo de un docente. ¿Por qué este fenómeno ocurre cada vez con más asiduidad? ¿No es esto contradictorio con un discurso que afirma a los cuatro vientos la necesidad de mejorar la calidad educativa en todos los niveles?

Ponencia: **En busca del lugar perdido**

Si acordamos en que el progreso de una nación depende, en gran medida, de la **formación de sus docentes** en tanto son los encargados de formar a su vez a **toda la sociedad**, resulta entonces impostergable que nos decidamos a analizar posibles propuestas integrales y estratégicas que contemplen el corto, el mediano, y, por fin, el largo plazo con la expectativa de mejorar así, poco a poco, el nivel educativo general.

Seguramente todos coincidimos en considerar que la educación es un tema complejo, por lo cual, no tenemos la pretensión de agotar ninguna cuestión en una ponencia, pero sí la ilusión de lograr al menos “instalar o dirigir” las miradas hacia algunos lugares que parecen estar pasando un tanto desapercibidos.

Primera cuestión: “Formación inicial y formación en servicio”

1) ¿Por qué separar estas instancias en etapas tan diferenciadas?

Se entiende por “formación inicial” a la que imparten los profesorados. Diríamos entonces la formación de base, la que nos permite comenzar con el ejercicio de la profesión. Consideramos “formación en servicio” a toda la capacitación que adquiere un docente a lo largo del desempeño de su carrera. Ahora bien, si afirmamos que quien enseña debe ser un investigador y permanecer perfeccionando y reformulando su quehacer de cada día, no tiene sentido separar su formación en dos etapas tan demarcadas. Esto suele generar una brecha entre quienes egresan con la idea de utilizar primordialmente las herramientas adquiridas durante la carrera, y los docentes que hace años que dejaron las aulas del profesorado, que no siempre han podido actualizarse y que, si lo han hecho, pocas son las veces en que han podido volcar ese perfeccionamiento en el quehacer cotidiano con sus alumnos. Tal vez, si lográramos que **los profesorados tuvieran a cargo también, en parte, la formación posterior** de sus egresados, podríamos muy lentamente ir acortando diferencias entre “nuevos” y “viejos” docentes, ya que, en definitiva, los maestros que fueran egresando volverían periódicamente a los lugares de formación, o mejor, evitaríamos que se alejaran del todo. Así, quizás, las distintas posturas se manifestarían **en los profesorados**, pudiendo llegar a algunos acuerdos para que las líneas de trabajo en las escuelas no se quebrasen al pasar los niños de un grado a otro.

2) La formación inicial es imprescindible para desempeñarse en la profesión. ¿Es

esto real?

Aun sin tener estadísticas estamos en condiciones de afirmar que, al menos en algunos colegios, ha aumentado el número de personas que sin tener título ocupan cargos docentes. En la enseñanza primaria se convierte en algún punto en algo beneficioso, ya que, hasta donde conocemos, son estudiantes de profesorado quienes a menudo están al frente de los grados. Entonces, si bien podría decirse que todavía no han obtenido su título, esto no representa un problema. “Maestros” y “maestras” en vías de serlo muestran un gran entusiasmo y muchísimas ganas de aprender, de adquirir experiencia, con lo cual asumen su tarea como una verdadera oportunidad para poner en práctica los aprendizajes realizados durante la carrera. Por otra parte, constantemente problematizan las herramientas de trabajo y se transforman en alumnos muy valiosos para el profesorado ya que traen a las cátedras las inquietudes que les van surgiendo en estos primeros desempeños. Esto permite analizar críticamente las situaciones concretas que vivencian día a día, lográndose así la integración entre teoría y práctica que no siempre es fácil de alcanzar.

Muy diferente es la situación que se observa en la enseñanza media ya que a menudo quienes desempeñan el rol de profesores no tiene relación alguna con la docencia. No es raro encontrar médicos, veterinarios, hematólogos, dictando Biología; arquitectos, agrimensores, ingenieros, analistas de sistemas, dando Matemática; abogados desempeñándose como Profesores de Formación Cívica e Historia; Peritos Mercantiles que no tienen estudios terciarios dando Economía; psicólogos como Profesores de Psicología y Filosofía. Y la lista podría seguir. Estos profesionales, en algunos casos, cursan materias pedagógicas y tratan de interesarse por compensar, en parte, los déficits de pedagogía y didáctica que sus clases presentan debido a la carencia de formación docente. En otros casos pasan años al frente de las aulas y se jubilan incluso sin haber intentado acercamiento alguno a dicha formación.

De lo antes expuesto surgen inevitablemente varios interrogantes, a saber:

¿Por qué se dan estas situaciones? Es evidente que no hay suficientes docentes para cubrir todos los cargos. Pero, ¿alguien imagina a un Profesor de Biología intentando hacer un bypass en un hospital?, ¿o a un Profesor de Historia defendiendo a un cliente en un juicio ante los tribunales? ¿Quién aceptaría que el plano de su casa fuera dibujado y firmado por un Profesor de Matemática y/o que

dirigiera la obra? ¿Y qué tal psicoanalizarse con un Profesor de Filosofía? ¿Se puede reemplazar la formación del profesorado por la sugerencia de cursar algunas materias pedagógicas? ¿En qué medida esto que parece ser una solución de compromiso para paliar una situación de emergencia se transforma en algo cada vez más habitual?

Planteadas estas cuestiones, que desembocan en la **falta de docentes en todos los niveles**, trataremos de proponer alguna posible solución. Y para eso, habría que preguntarse por qué faltan docentes, o mejor, por qué una profesión con tanta proyección y tantas posibilidades de crecimiento constante no se presenta como atractiva para quienes eligen un camino a seguir.

Otra vez, varias son las razones que a simple vista se visualizan. Por un lado, el incentivo económico es paupérrimo. Para conseguir un sueldo que pueda considerarse apenas aceptable hay que trabajar el máximo de horas permitido por el Estatuto, teniendo el máximo de antigüedad, lo que se logra después de 22 años de desempeño de la profesión. Esto no es fácil de conseguir, ya que hay que considerar horarios, distancia de uno a otro lugar de trabajo, y resistencia física e intelectual de cada uno, ya que entramos y salimos de las aulas “acomodando” nuestras cabezas a distintos programas, distintos alumnos, distintas instituciones, distintos roles, y, en muchos casos, distintos niveles del sistema educativo. Esto significa que “somos uno solo” ocupando los lugares que en otras épocas hubieran cubierto tres o cuatro docentes. Pero, dejando para otro ámbito la cuestión económica, creemos que hay algo que sí sería interesante hacer desde los Institutos de Formación Docente. Y nos referimos a la captación de los mejores candidatos para desempeñarse en la profesión. Resultaría una buena propuesta **mejorar cualitativa y cuantitativamente el nivel de ingresantes** a la carrera docente. Esto sería, quizá, hablando de la profesión con los alumnos próximos a egresar de los colegios secundarios, tratando de generar un programa de acercamiento a las escuelas normales, recorriendo colegios con la intención de mostrar la docencia desde un lugar muy diferente del que la muestra el desprestigio social de las últimas décadas. Desprestigio que no solo se da en nuestro país. Hace pocos días en un dibujo animado de nombre “Mr. Young” aparecía este diálogo:

– *¿Qué clase de genio se convierte en maestro de escuela?*

– *¡Tuve otras oportunidades!*

Tal vez, entre tantas voces y miradas condenatorias hacia nuestra profesión, deberíamos proponernos hacer prevalecer nuestra propia voz, la de quienes, desde adentro, podemos dar testimonio de la otra cara de la moneda. Aquella en la que aparece la dimensión creativa, la dimensión estética de nuestra profesión. Nos permitimos en este punto citar las palabras con que la prof. Edina Castro de Oliveira cierra su prólogo a la Pedagogía de la autonomía: “La sensibilidad con que Freire problematiza y conmueve al educador señala la dimensión estética de su práctica, que –precisamente por eso – puede ser movida por el deseo y vivida con alegría, sin dejar de lado el sueño, el rigor, la seriedad y la simplicidad inherentes al saber de la competencia.” Si pudiéramos correr el eje de las miradas hacia la dimensión estética de nuestra profesión, quizá esta aparecería como un destino más atractivo a los ojos de quienes se ven en posición de elegir un futuro profesional posible. Y por ende, recobraría valor social. Si pudiéramos reflexionar acerca del privilegio que implica hacer algún aporte en la formación de alguien, recordando que *formar* difiere radicalmente de *adiestrar*, dando así por tierra con esa idea que parece subyacer en la concepción de muchos y que imagina al docente como un mero repetidor o transmisor de contenidos inmutables. Si pudiéramos mostrar que la pasión por nuestra tarea deviene en parte de la lucha que entablamos día a día con aquellos contenidos que aparecen como inaccesibles para nuestros alumnos, lucha poética que no tiene que ver con la idea nada atractiva de la mera repetición mecánica. Tal vez entonces podríamos captar más y mejores aspirantes a la docencia, dispuestos a mirar la profesión con la humildad y el interés necesarios como para aceptar con agrado, desde el principio, el esfuerzo que implica suplir las carencias de una formación secundaria deficiente, producto a su vez, entre otras razones, de una formación primaria deficiente, producto ambas a su vez de una formación docente deficiente o de una **falta de formación docente** de quienes han estado a cargo de formar.

En la firme convicción de que atribuir culpabilidades no conduce a nada, hemos presentado esta ponencia con el solo propósito de reavivar discusiones que no han terminado de instalarse y que creemos resultan imprescindibles a la hora de superar algunos de los obstáculos que atentan contra la tarea de educar.

Bibliografía

Barriga, H. y G. Vidalón, Influencia del docente en el rendimiento del alumno. INIDE, Lima, 1978.

Braslavsky, Berta. ¿Primeras letras o primeras lecturas? Una introducción a la Alfabetización Temprana. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires, 2009

Braslavsky, Cecilia- Virgin, Alejandra “Quiénes enseñan hoy en la Argentina”, en Boletín del Proyecto Principal de Educación en América Latina y el Caribe N°34, UNESCO-OREALC, Santiago, 1994.

Freire, Paulo. Pedagogía de la autonomía. Saberes necesarios para la práctica educativa. Siglo veintiuno editores. Buenos Aires, 2011

Gimeno sacristán, José “Investigación e innovación sobre la gestión pedagógica de los equipos de profesores”, en La gestión pedagógica de la escuela, UNESCO-OREALC, Santiago, 1992

Iglesias, Luis F. La escuela rural unitaria. Fermentario para una pedagogía creadora. Magisterio del Río de La Plata. Buenos Aires. 1995

Martín Molero, Francisca. La didáctica ante el tercer milenio. Editorial Síntesis. Madrid. 1999

Tedesco, Juan Carlos. “Tendencias actuales de las reformas educativas”, en N°35, Santiago, 1994.

Toro, José Bernardo. “La construcción de la Nación y la formación de educadores en servicio”, Bogotá, Julio 1994

Torres, Rosa María. Formación docente: clave de la reforma educativa. UNESCO-OREALC, Santiago. 1996

La formación docente en alfabetización inicial. Ministerio de Educación. Presidencia de la Nación. 2009-2010